
FRAGMENTOS HISTÓRICOS (1)

AÑO DE 1494.

Quería el papa Alejandro VI que Alfonso (2) diera su hija en matrimonio á uno de los hijos de aquél, y oponiéndose éste, se indignó hasta el extremo de escribir al rey de Francia que viniera á reconquistar el reino de Nápoles; de suerte que, si es cierto que Carlos pensaba ya en esta conquista, el consejo del Pontífice le decidió á emprenderla.

Añadiase á esto que Luis Sforza gobernaba el Estado de Milán como soberano y no como tutor de Juan Galeazzo, que ya era adulto y á quien no pensaba entregar el gobierno, sino apartarle de los asuntos públicos, reteniendo para sí toda la autoridad; cosa muy desagradable para el rey Alfonso, padre de Hipólita, esposa de Juan Galeazzo. Pero Fernando, padre de Alfonso, disuadía á éste de todo intento contra Sforza, temeroso de que llamara á Francia en su ayuda; y para disipar las sospechas

(1) Estos fragmentos históricos son trabajos preparatorios de Maquiavelo para continuar la historia de Florencia.

(2) Hijo de Fernando, rey de Nápoles.

de Luis Sforza, proyectó ir en persona á Génova, poniéndose así en sus manos, reconciliarle con su hijo y divorciar á su nieta, la esposa de Juan Galeazzo, casándola con Luis Sforza. No pudo realizar pronto este proyecto, y Alfonso, menos prudente y más ardoroso que su padre, comenzó á gestionar contra Sforza.

Creyeron muchos que el verdadero móvil de Alfonso no era el amor á su hija ni el odio á Luis Sforza, sino el deseo de apoderarse de Lombardía como herencia suya; porque, en efecto, Felipe Visconti (que no tuvo hijos varones) la dejó á su abuelo Alfonso, para que la defendiera de los venecianos, quienes aspiraban á poseerla después de la muerte de Felipe.

Lo primero que hizo Alfonso fué una alianza con Florencia, aparentemente para seguridad de esta República, pero en realidad para apartarla de la amistad de Luis Sforza. Pedro de Médicis no consultó para ello á sus antiguos amigos, sino á nuevos consejeros.

Hecha la alianza con Alfonso, el papa Alejandro mudó de opinión y se unió á los aliados, reuniéndose éstos en Vicovaro y firmando el tratado.

Esta liga alarmó á Sforza, que envió á Florencia embajadores para recordar á Pedro de Médicis la antigua amistad y los peligros á que se exponía. Respondió Pedro vagamente que quería permanecer neutral en las calamidades que á Italia amenazaban. Comprendió Sforza, al saber esta respuesta, el fingimiento de Médicis, y determinó hacer todo lo posible para que el rey de Francia viniera á Italia, después de permanecer algún tiempo dudoso, porque veía en Italia un enemigo implacable y en Francia un amigo de poca fe; supuesto que el rey Carlos no podía venir con poco ejército y, llegado á

Italia, él y los demás italianos quedarían sujetos á su dominación; pero decidido á que viniera, envió embajadores á Francia con dinero y encargo de hacer todos los esfuerzos posibles para que Carlos VIII pasara los Alpes.

Oyó el rey de Francia las proposiciones de los embajadores de Sforza y las sometió á su Consejo. El almirante Jacobo Grandville las desaprobó; pero los demás consejeros, pensando más en el botín que en los daños posibles, aconsejaron la empresa, quedando acordado realizarla, después de terminar las cuestiones pendientes con los Estados vecinos.

Estas cuestiones eran con el emperador de Alemania y con el rey de España. Con el Emperador las arregló por mediación de Sforza, y con el rey de España entregándole Perpiñán. Organizó una armada en Marsella y envió embajadores á Italia para sondear la opinión de los pueblos y reconocer el terreno. La misión de éstos era asegurar que el rey Carlos no promovía guerra por ambición, sino que, para reconquistar su reino, pedía auxilio ó, á lo menos, el paso libre.

El Papa y los florentinos respondieron que no podían romper su alianza con el rey de Nápoles. Los venecianos se excusaron con la necesidad de vigilar á sus antiguos enemigos los turcos, aconsejando al rey de Francia desistir de la empresa, para no facilitar con ella la entrada de los turcos en Italia, y añadieron que, si se empeñaba en hacer la guerra, ellos permanecerían neutrales.

Mientras duraban estas negociaciones intentó Alfonso sublevar á Génova y quitársela á Luis Sforza, organizando una armada de treinta galeras y otras tantas naves menores, que, al mando de su hermano Federico,

envió á Liorna, y en la cual iban Obietto de Fiesco y Pablo Fregoso, á quienes los Adornos, que gobernaban á Génova en nombre del duque de Milán, habían desterrado. Por su parte los genoveses, con el auxilio del Duque, formaron en Génova una gran armada, y Carlos VIII envió al duque de Orleans con los suizos para defender la plaza. Los napolitanos fueron derrotados por los genoveses al atacar el castillo de Rapalle.

Después de esta victoria escribió Luis Sforza á Pedro de Médicis pidiéndole que fuera mediador en la paz. Pedro le respondió bien y obró mal, porque dió cuenta de todo á Alfonso, y además, para enemistar al rey de Francia con Sforza, ordenó que el embajador de éste fuera á verle en su casa, fingiéndose enfermo, y escondió en ella al del rey Carlos donde pudiera oír la conversación. Entonces hizo al embajador de Sforza leer la carta de éste. Con ello aceleró la venida del rey de Francia, porque, desesperado Sforza de llegar á un acuerdo, le apremiaba con la mayor urgencia, lo cual fué causa de que el rey Alfonso, lleno de dolor, se encerrara en su palacio hasta el punto de correr la noticia de que estaba loco. Pero recobrado el ánimo, determinó hacer frente á la mala fortuna y enviar el ejército mandado por su hijo Fernando, á Lombardía, como obrando á nombre del Emperador y con la esperanza de quitar el Estado á Luis Sforza, por saber que allí le odiaban. Sforza hizo venir á Aubigny con tropas y numerosísima armada á Niza, Marsella y Génova.

El rey Carlos vino á Lyon para preparar y ordenar las cosas de modo que Aubigny estuviera en la Romaña antes que Fernando, quien, apresurando la marcha, llegó á Ravena, junto al campamento de Aubigny, habiendo

algunas escaramuzas, por no recibir Fernando la orden de dar la batalla.

Entretanto el rey Carlos partió de Lyon para venir á Lombardía y, durante el viaje, corrió en su ejército la noticia de que Sforza le hacía traición, tan acreditada, que en la duda de si sería cierto, estuvo á punto de volver atrás; pero el cardenal de San Pedro *in Víncula* (1) disipó sus temores y, tranquilizado el Rey, dijo: «Vamos donde nos llama la gloria de la guerra, la discordia de los pueblos y la ayuda de los amigos.»

Continuando el camino, pasó á Italia por los Alpes de Ginebra y llegó á Asti, población que había sido largo tiempo de los franceses, y cuyos habitantes le salieron al encuentro. Avanzó hasta el Tesino, donde supo la enfermedad del duque de Milán Juan Galeazzo, que murió poco tiempo después. El Rey le visitó, satisfaciendo á Luis Sforza esta visita, porque disipaba la sospecha de que el Duque había muerto envenenado como un perro.

Dudaba Carlos VIII si debía dirigirse al reino de Nápoles por la Romaña ó por Toscana, pues ambos caminos ofrecían inconvenientes, siguiendo al fin la opinión de Sforza de ir por Toscana. Esta determinación asustó á los florentinos. Pedro de Médicis, sin consejo ni apoyo, decidió salir al encuentro del Rey y, haciéndose nombrar embajador, fué á Serezana y después á donde el Rey estaba. Encontróle en el camino y, arrodillándose

(1) Este cardenal fué después el papa Julio II. San Pedro *in Víncula* es una iglesia de Roma, y era entonces costumbre que cada cardenal tomara el nombre de una iglesia de esta ciudad.

ante él, empezó por darle excusas, y acabó ofreciéndose él y ofreciendo su ciudad.

El resultado de esta conferencia fué que el Rey pidió pusieran en sus manos los florentinos las fortalezas y le entregaran gran cantidad de dinero. Escribió Pedro de Médicis estas demandas á los magistrados, y después fué á Florencia, por saber que amenazaban allí desórdenes y para impedirlos.

Supiéronse con desagrado en Florencia las exigencias de Carlos VIII, y le enviaron nuevos embajadores para evitar los males que amenazaban á la República y con encargo de recomendarla á la generosidad del Rey.

Cuando llegó á Florencia Pedro de Médicis, ya se decía en todos los círculos que había hecho traición y vendido la ciudad, y además llevado á ella á Virginio Orsino con sus tropas. Por estas cosas su vuelta no fué grata á nadie y sí odiosa á muchos, tanto que todos hablaban ya de recobrar la libertad. Fué Pedro al Palacio, y le rechazaron; volvió á su casa y, falto de consejo, intentó en vano, ora la fuerza, ora la persuasión. Sin poder confiar en nadie, retiróse al fin con todos los suyos á Bolonia.

Fernando estaba con su ejército en Cesena cuando supo estos sucesos y, al verse privado del auxilio de los florentinos, que ya habían recibido al Rey, fué á Roma.

Pedro de Médicis estuvo pocos días en Bolonia, dejó allí á los suyos y se dirigió á Venecia.

En Florencia reinaba el mayor desorden.....

ASUNTOS DE MONTEPULCIANO. — 1494.

En Pienza, ciudad de Siena, á seis millas de Montepulciano, habitaba la mayor parte del año maese Andrés Piccolomini, sobrino del papa Pío II, y tenía íntima amistad con muchos de Montepulciano, entre ellos con un tal Francisco Paganucci, que iba entonces con frecuencia á Siena por la enfermedad de su hermano maese Bartolomé Paganucci.

Por entonces fué elegido podestá de Chianciano Antonio Bichi, que gozaba de grande autoridad en Siena y, como Chianciano está á cuatro millas de Montepulciano, por cuestiones de límites, tenían los habitantes de ambos puntos desde hacía muchos años querellas y riñas. Pretextando arreglar estos asuntos, hablaba casi diariamente el citado Bichi con los de Montepulciano, cuyos ánimos logró disponer contra los florentinos porque, por entonces, la república de Florencia había mandado establecer en Montepulciano el nuevo impuesto del diezmo, cosa que llevaron á mal sus habitantes, máxime habiéndose convenido pocos meses antes entre la República y Montepulciano, que éstos pagarían en moneda blanca, á condición de recibir la sal una tercera parte más barata.

Al cambiar el gobierno en Florencia (1), viéronse los de Montepulciano obligados á pagar íntegro el impuesto

(1) Cuando, á la llegada de los franceses, fueron expulsados los Médicis.

de la sal, y aun encarcelados los que no pagaban. Por todo esto determinaron sublevarse, realizándolo el 26 de Marzo del modo siguiente: primero acordaron apoderarse del castillo, que estaba mal guardado y peor provisto de víveres, es decir, de harina, vino y pan. Lo custodiaban cuatro soldados necios, de los cuales al menos tres pasaban el día fuera del castillo, quedando uno dentro para abrir y cerrar la puerta. Tomaron, pues, los conjurados la fortaleza á la mañana siguiente de haber determinado sublevarse. Al amanecer se apoderaron por engaño del recinto y la guardia que allí había, y después, en menos de una hora se rindió el castillo, donde no había ni pan ni vino, abriendo las puertas el gobernador, que era un jovenzuelo. Intentaron después apoderarse de la torre de Chiane en el puente de Valiano, y no lo lograron porque uno de Montepulciano avisó á Bonzi, su gobernador.

El podestá florentino, que era el anciano Rodolfo Falconi, supo la conjura y escribió á Florencia; pero ni le creyeron ni le contestaron, y no hubo medio de impedir la sublevación.

Algunos días antes enviaron de Siena á los conjurados una bandera azul, en la que habían bordado con letras de oro la palabra *Libertas*, y también un grande escudo. Tomado el castillo, la enarbolaron, y aquella mañana recorrieron con ella la población más de sesenta hombres, entre ciudadanos y plebeyos armados, y dada la señal desde la torre del palacio de los Priors con antorchas y cañonazos, algunos Comisarios sieneses, que estaban dispuestos en las inmediaciones, con toda la infantería que pudieron recoger, ocuparon la población y la fortaleza.

El pueblo, y sobre todo los campesinos, no sabiendo

lo que ocurría, y oyendo los cañonazos, preguntaban la causa de aquélllo, y les decían: «Los florentinos querían imponer grandes tributos para empobrecernos y comprar después nuestras bellas posesiones.» Reunidos gran número de los campesinos que viven á tres, cuatro y seis millas de la ciudad, dominaron en ésta y, como la mayoría estaba ignorante de los tratos con los sieneses, determinó arrasar el castillo para que éstos no se apoderaran de él. Con el impetu que el pueblo emplea en tales casos, lo derribaron gritando libertad, cosa que desagradó mucho á los conjurados.

Antonio Bichi, enfermo de gota, llegó conducido en una litera y presentó una acta en blanco, para que los de Montepulciano pusieran las condiciones de su unión á Siena, donando á nombre de la Señoría de esta ciudad gran cantidad de sal y cereales, y prometiendo llevarlos gratis. Conducido Bichi al palacio, expulsaron de él al Comisario florentino con su dinero y equipaje, quedando aquél de Comisario, y yendo en el mismo día á Siena como embajadores Mariotto y Miguel Agnolo, que, agasajados allí, y vestidos de paño rojo, juraron fidelidad á Siena, por miedo de que los florentinos se anticiparan á protestar é impedir que Siena les aceptara como súbditos; porque, en cuanto se supo en Florencia lo ocurrido, inmediatamente enviaron dos ciudadanos para aconsejar á los de Montepulciano mantuvieran su libertad, sin entregarse á nadie; pero éstos nombraron poco después para ir á Siena seis doctores, maese Jacobo, maese Tiberio, maese Agnolo, Pedro de Mateo, Francisco de Miguel Agnolo y maese Luis, arcipreste, que debí citar el primero, con dos de la campiña, Paulino de Neri y Lorenzo de Segna quienes, perfectamente acogidos y honrados por los sieneses, reci-

bieron de éstos trajes de paño rojo, es decir, cada uno tres canas (1) de esta tela, y sus criados calzas y jubones. A su vuelta, se les confirmó el encargo para que en Montepulciano, y en el término de seis meses, fijaran las condiciones de su unión á Siena.

El ejército florentino avanzaba hacia Montepulciano, y pasó el río Chiana por la grande habilidad é ingenio del conde Ranuccio, que lo mandaba; porque los sieneses enviaron inmediatamente todas las tropas que tenían en Siena, y con premura reunieron hombres de armas, siendo de ellos algunos, esto es, maese Petruccio con diez hombres de armas, Julio Bellanti con otros diez, Baltasar Scipione también con diez, Cino del Gote y el señor Juan Savello con comisión de reunir unos sesenta, y todos ellos, infantería y caballería, acudieron al puente, derribando de él cuanto pudieron, é hicieron un bastión en la margen del río. Llegó de Siena un comisario de los Cerchi, llevando cincuenta ducados, y esperaban que los florentinos no pudieran pasar el Chiana, con lo cual los de Montepulciano quedaban en paz y seguridad.

Pero el conde Ranuccio pasó el río por tres puntos: con barcas por más abajo y más arriba del puente, y por el puente mismo, derrotando, matando y prendiendo á los sieneses. Recorrió después el territorio de Montepulciano, cogiendo mucho ganado mayor, y principió *in agro Politiano* la construcción de un grande, hermoso y fuerte bastión; pero los florentinos, por temor á Pedro de Médicis, hicieron un tratado con los de Montepulciano, permitiéndoles destruir este bastión y librándoles del miedo que les inspiraba.

(1) Cana, medida igual próximamente á dos varas.

Estando por entonces Tomás Tosinghi de Comisario en Valiana, convino con el Consejo de los Diez en que Pablo Vitelli fuera secretamente de Castello á Montepulciano con quinientos infantes, caminando todo el día y parte de la noche, y que sus tropas, esto es, cien hombres de armas y cien caballos ligeros, las tendría entre Castiglione, Cortona y Valiana.

Vitelli prometió estar con sus infantes en Valiana unas tres horas después de anochecer, y estuvo mucho más tarde; de suerte que era ya día claro cuando la infantería llegó junto á Montepulciano, cansada y sin fuerzas, por no tener en la marcha un momento de reposo. Quiso Vitelli llevar consigo los citados hombres de armas y unos sesenta desterrados de Montepulciano que estaban en Valiana.

Escalada la plaza, y tomada una puerta, los asaltantes, por no ser socorridos, fueron rechazados y casi todos muertos. Este desastre debióse á que los Vitelli no quisieron acudir al socorro, porque la gloria de la conquista no sería para ellos.

Algunos días después, Antonio Tarugi y su hijo Cristóbal, ambos de Montepulciano, ofrecieron entregar dicha plaza á los florentinos, y se convino realizar esta empresa la noche de Carnaval (era Comisario Tomás Tosinghi, y mandaban la caballería Baudino de la Pieve y un señor de Faenza); pero, descubierta la conjuración aquella noche, y no pudiendo reunirse los conjurados, unos sesenta de éstos se arrojaron por los muros de la plaza. Algunos fueron muertos, y otros se dispersaron, porque los florentinos no les socorrieron. Los sieneses expulsaron de Montepulciano las mujeres é hijos de los conjurados. Los jefes de la conspiración fueron Francisco

de Agnolo, su cuñado Nicolás de Puccio, Juan de Tomás, Tomás del Arcipreste, maese Jacobo Modesti, Clemente Salimbeni, Pedro de Mateo, Benedicto del Monte, Miguel de Ramini, Mazzuolo, Lorenzo de Segna, Biagio de Brincone, Bartolomé de Salvador, Lorenzo de Pasquino, Pedro de Pedro, y un maestro, Pablo de Servi, fraile de la casa de los Cini.

OCTUBRE, NOVIEMBRE Y DICIEMBRE DE 1495.

Monseñor de Lila fué al Burgo de San Marcos y con dificultad pudo conseguir permiso de D'Antraigues para ir á hablarle, acompañado sólo de dos hombres. Cuando llegó á él, le hizo saber la voluntad del Rey (Carlos VIII). D'Antraigues respondió que no entregaría á Pisa sin tener cartas autógrafas del Rey y si monseñor Ligny no le ordenaba expresamente hacerlo.

Pareciendo á los Comisarios que este propósito era terminante, y habiendo carestía de todo, por no poder traer víveres, hicieron saber á la Señoría que el mejor partido era alejarse de Pisa, de cuyo mal resultaría un bien, porque sería entonces más fácil socorrer los puntos amenazados.

Dudaba la Señoría la determinación que debería tomar: de una parte le apremiaba alejar las tropas de Pisa para prevenir el peligro de aquel lado y socorrer otros puntos; de otra comprendía que esta resolución sería objeto de general censura, sabiendo cuánto deseaban los florentinos la continuación del asedio y cuán

grande era su esperanza en el buen éxito de la empresa.

Mientras se discutía el asunto, llegaron nuevas cartas de la corte de Francia relativas á la restitución de Pisa y, queriendo el Consejo de los Diez aprovechar esta oportunidad, las envió inmediatamente al ejército, antes de que hubiera levantado el campamento; pero no produjeron mejor resultado que las primeras, porque los Comisarios no pudieron presentarlas, publicando su contenido por medio de un trompeta para que no tuviera excusa D' Antraigues. En vista de la inutilidad de este recurso, realizaron el primer intento y, levantado el campo, lo trasladaron á Cascina, no por la esperanza de tomar esta plaza, sino para que los pisanos no quedaran completamente libres de la presencia del ejército.

Corrió entonces el rumor de que el Papa, los Orsini y los sieneses querían restablecer la autoridad de Pedro de Médicis en Florencia, y que consentían en ello Juan Bentivoglio y la condesa de Forli; que Virginio Orsino, con todos los suyos, y Pedro de Médicis, seguido de numerosas tropas, habían salido del territorio de Roma, reuniéndose entre Fuligno y Todi; que Pedro se valía de unos veinticinco mil ducados adquiridos en Roma, y que esperaba entrar en Florencia con ayuda de los partidarios que en dicha ciudad tenía. Por estas noticias la Señoría ordenó á los Comisarios que enviaran al conde Ranuccio y al señor Octavio de Manfredi hacia Cortona, y escribió al rey de Francia dándole cuenta de los enemigos que á los florentinos amenazaban; de cómo fortalecía aquéllos el comandante francés de la plaza de Pisa; de la injusta conducta de éste y de la fidelidad de Florencia, comprobada por haber dado últimamente dinero á los Vitelli, que estaban al servicio del Rey.

Fué enviado á Cortona Lucas Antonio de Albizzi, y á Poggibonsi Braccio Martelli, y también se proveyó Valiano, porque se ignoraba por dónde acometería el enemigo; y para hacer frente á muchos que estaban en Romaña, mandaron á Lorenzo de Médicis á Mugello y á Pedro Corsini á Castracaro. Temían por Cortona más que por ningún otro punto, á causa de saberse que Virginio Orsino estaba en Panicherola y había dado dinero á Braccio, á sus hombres de armas y á su infantería; pero comprendiendo la necesidad de socorrerla, el realizarlo era difícil y peligroso. Cortona era fuerte; pero, mal aprovisionada su ciudadela y sin poder batir la población, ni había medio de obligar á la obediencia á los habitantes, ni convenía dejar así las cosas. Se determinó que el conde Ranuccio, Juan Pablo Baglione y la caballería ligera se dirigieran á aquel punto, y llevar además infantería de Valiano y de las guarniciones de todas las plazas del Valle de Chiana, añadiendo otras tropas para formar un ejército que mantuviera obedientes á los de Cortona y contrarrestara al enemigo.

Los Orsini con los rebeldes de Florencia habían avanzado ya en el Perusino hasta Castillo de la Pieve con esperanza de que Constanzo Beccaio, rebelde cortonés, les hiciera entrar secretamente en Cortona, para lo cual entraría primero Constanzo una noche y con sus amigos suscitaría un tumulto que permitiera entregar una puerta á los Orsini.

Convenido este complot, Pablo Orsino con unos cien caballos ligeros y doscientos infantes se dirigió á Cortona. Puesto de acuerdo con él en lo que había de hacerse, se le adelantó Constanzo Beccaio; pero, ya dentro de la población, encontró la ciudad bien guardada por la

diligencia del Comisario y, creyendo haber sido descubierto, huyó sin dar aviso alguno. Pablo Orsino regresó á Castillo de la Pieve.

Al día siguiente supo el Comisario que, durante la noche, se había visto entrar en Cortona á algunos rebeldes; que se había encontrado á corta distancia de la ciudad caballería de los Orsini dirigiéndose á Castillo de la Pieve y, hallando no lejos de los muros muchos pedazos de escala, conjeturó que el enemigo fué con ánimo de apoderarse de la plaza, y le asustó tal intento, por no tener confianza en los habitantes; pero, por otra parte, le tranquilizó la idea de que no debían ser muy fuertes los que vinieron, cuando no se atrevieron á atacarla. Supuso, sin embargo, la existencia de un complot, y puso tantas guardias y espías hasta que al fin averiguó ser Antonio Marcelli, uno de los principales ciudadanos de Cortona, quien había ayudado á entrar á Constanzo. La llegada de los hombres de armas y de la infantería alojados en las inmediaciones, le animó á descubrir á los culpados, excitándole el pueblo mismo á prender y castigar á los traidores. Aprovechando la ocasión y por el deseo de vivir seguro, ó al menos de conocer las verdaderas disposiciones de los habitantes, reunió el Consejo y dijo: «Me habéis rogado muchas veces que descubra á los culpados, etc.» Después de alguna discusión, dijo Lucas que maese Antonio Marcelli era quien había hecho entrar en la ciudad á Constanzo. Al oír estas palabras, *ob mutuere omnes*; pero avergonzados de no determinar nada, después de tantas promesas, encargaron á dos de ellos buscar á Marcelli y, al volver éstos, dijeron que le habían encontrado en casa de un amigo suyo y ordenado venir ante el Comisario, pero

no quiso, por temer, según decía, al Comisario, á causa de haber hecho entrar á Constanzo en Cremona. El intentar unos sublevar la ciudad y no querer otros que se castigara á los culpados, convenció al Comisario de que no podía fiar en los habitantes, y le indujo á emplear la fuerza para sujetarles, etc.

Al mismo tiempo que presentaban á D'Antraigues la carta del rey de Francia, fué enviado Antonio Mellini á la Lunigiana para mostrarla también á los que ocupaban las plazas de Serezana, Serezanello y Pietrasanta. El castellano de Serezana respondió que no le bastaba la carta del Rey para entregar la plaza, y que la de Ligny no tenía la contraseña que habían convenido. El de Serezanello dijo que no tenía encargo de rendirlo sino cuando hubieran sido entregadas Serezana y Pietrasanta. Cuando se debatía este negocio llegó orden de Ligny á dichos castellanos prohibiéndoles entregar las fortalezas porque, hecho el acuerdo entre Francia y la Liga, y necesitando él volver á Nápoles, quería, por seguridad propia, poseer aquellos castillos, y aunque al mismo tiempo llegaron nuevas cartas del Rey, *tamen* no produjeron efecto alguno.

Por entonces vino Fracassa á Pisa, y á la condesa de Imola se le había muerto maese Jacobo (1), gobernador de la plaza y amante suyo, según se decía, no sin escándalo.

Se fugó también en aquel tiempo del campamento Rinier de la Sassetta, convirtiéndose en rebelde de los florentinos.

(1) Jacobo Fei de Savona, su segundo marido.

NOVIEMBRE Y DICIEMBRE DE 1495.

No pudiendo los Orsini ocupar á Cortona por sorpresa como habían intentado, volvieron á Gualdo con sus tropas para vivir á costa de los que hacían alarde de no ser sus amigos, y creíase que Virginio Orsini diferiría atacarnos resueltamente, dando tiempo á que ocurriera algo que excusara su conducta, porque se notaba su falta de deseo en continuar la guerra. Por otra parte, sin grandes motivos no podía romper sus relaciones con Pedro de Médicis, de quien era pariente y con cuyo dinero había equipado sus tropas.

Cuando éste le impulsaba más á obrar, supo Virginio que el Comisario de Cortona había descubierto la traición en la ciudad, intentando en vano castigar á los culpados, y que los cortoneses no consentían la entrada en la población de los hombres de armas.

Estas noticias hicieron confiar á los Médicis en que, si se presentaban ante los muros de Cortona, fácilmente se sublevarían sus habitantes y, alentados por esta esperanza, determinaron marchar adelante, viniendo á acampar á Penicale, y después se presentaron una mañana en Orsaia, á dos millas de Cortona, donde estuvieron en vano hasta la noche, porque el Comisario reunió sus fuerzas al pie del monte y echó fuera de la población á los habitantes de Cortona, con lo cual quitó á los enemigos los medios de aproximarse más á la población, y á los cortoneses los de sublevarse. En vista de ello, Virginio

Orsini se retiró con sus tropas, pasó al día siguiente el puente de Chiusi, y estableció su campamento entre Calcione y Lucignano.

Por el temor que inspiraban los Médicis, la mayoría de nuestras tropas estaban del lado por donde amenazaban, y por la parte de Pisa se habían dejado sólo las indispensables para guardar las poblaciones, siendo nombrado Comisario de ellas Antonio Canigiani que, conforme á las órdenes del Consejo de los Diez, las distribuyó en guarniciones, porque había regresado á Florencia Pablo Antonio Soderini, y antes fué relevado Francisco Valori. Lo mejor, pues, de nuestro ejército estaba hacia la Romaña, á las órdenes de Pedro Vettori, hombre práctico y de gran reputación entre los soldados, que con suma diligencia observaba los movimientos del enemigo, cuya dirección era incierta, no sabiéndose por dónde acometería, si por Val d'Ambra ó por Chianti, porque Pedro de Médicis se había situado con sus tropas en Arezzo, para estar próximo á la vía que se eligiera. Nombrado Vettori comandante de Pistoia, le sucedió en el mando Bernardo Nasi que, con igual diligencia, vigilaba á los enemigos.

Así las cosas, ocurrió la tregua entre Francia é Italia; el Castelletto de Génova fué entregado en manos del duque de Ferrara, y el rey Carlos VIII volvió á Francia. Hizo éste después nuevo tratado con Florencia, y envió á Toscana á monseñor Gimel, con dinero para los Vitelli y los Orsini, á fin de que pudieran invadir el reino de Nápoles, y con orden para que les devolvieran á los florentinos sus plazas aun ocupadas. La venida de Gimel infundió esperanzas á los florentinos de poder interrumpir las negociaciones entabladas entre D'Antria-

gues y los pisanos por mediación de los luqueses y, cuando llegó á Pistoya, enviaron á su encuentro á Pablo Antonio Soderini y á Lorenzo de Médicis, para que, sin dejarle pasar adelante, le indujeran á cumplir su misión en nuestro favor.

Persuadido Gimel, envió un emisario á Pisa con copia de las órdenes que tenía, la promesa del Rey de perdonar á D'Antraigues su desobediencia hasta entonces, y la de los florentinos de darle las seguridades que quisiera para su persona; pero el emisario, apenas había salido de Luca, fué atacado en el monte de San Julián, derribado del caballo y, no sin peligro, salvó la vida. Al saberlo Gimel, se trasladó con los demás franceses venidos de Florencia para el arreglo de estos negocios á Luca, punto más cómodo para las negociaciones. Entretanto se recibieron nuevas cartas de la corte de Francia, diciendo que el Rey había enviado otro emisario á D'Antraigues, para apresurar la rendición de Pisa, y el emisario era un cuñado del dicho D'Antraigues, llamado monseñor Buteaux, quien, por el parentesco, esperaba convencerle. Al llegar Buteaux á Toscana, se apresuraron á enviarle á Luca y de allí á Pisa, pero encontró que D'Antraigues había capitulado ya con los pisanos.

Antes de salir Buteaux de Florencia se convino con él en las señales que haría al ejército florentino, cuando D'Antraigues decidiera entregar á Pisa, y fué enviado Pablo Antonio Soderini á Pontedera, para concentrar las tropas y acercarse con ellas, al ser llamado. Estando Pablo Antonio observando sin cesar si veía ú oía alguna señal del lado de Pisa, advirtió que llevaban artillería á la ciudadela y hacían fuego. Creyó que era señal de D'Antraigues en demanda de auxilio, y seguida-

mente avanzó con sus tropas. Para avisar á D'Antraigues que iba en su socorro, envió alguna infantería y caballería á tomar la abadía de Sansovino, situada entre Cascina y Pisa, ordenando al resto del ejército dirigirse á dicho punto; pero llegó entonces uno de Pisa, y dijo que el día anterior se había verificado en esta ciudad una procesión solemne, con una bandera de Nuestra Señora delante y todo el pueblo tras ella y que, al llegar la cabeza de la procesión á la ciudadela, salió de ésta D'Antraigues con las llaves en las manos y, arrodillado ante el estandarte de Nuestra Señora, reprobó la tiranía de los florentinos, recomendando á la Virgen la libertad de los pisanos y atestiguando con lágrimas en los ojos que si ponía aquella ciudadela en manos de éstos, era por el convencimiento de la justicia de su causa y de la iniquidad de sus adversarios. Añadió que, hecho esto, los pisanos celebraron la posesión de la ciudadela con fuegos artificiales y grandes muestras de regocijo.

Comprobadas dichas noticias por otros conductos, renunciaron los Comisarios á su empresa; retiraron las tropas de Sansovino, y comprendieron que era indispensable acudir á la fuerza, puesto que la autoridad del Rey de Francia no bastaba para que cumplieran sus vasallos los compromisos contraídos.

Mientras ocurrían estos sucesos en Pisa, no eran menores los trabajos por otros lados á causa de la alarma que infundían las tropas de los Orsini, las cuales, permaneciendo en el territorio de Siena, mantenían la incertidumbre y las sospechas en nuestros capitanes. Pero á fin de que los Orsini tuvieran también que cuidar de su seguridad, y para ocupar sitio desde donde mejor pudieran impedir sus designios, determinó Bernardo Nardi

salir con nuestro ejército de Arezzo, y se dirigió á Civitella. Con esto, no sólo quitó al enemigo el ánimo de avanzar, sino le hizo atender á su propia seguridad por el temor de ser atacado, temor que le obligó á retirarse al Bagno en Rapolano.

No estuvo allí mucho tiempo porque, desesperado monseñor Gimel de poder cumplir su primera misión, que consistía en lograr nos fueran restituidas nuestras plazas, volvió á Florencia con Camilo Vitelli, y fué después al encuentro de los Orsini para darles dinero y hacerles entrar al servicio del rey de Francia. Los Orsini, obedeciendo las órdenes del Rey, levantaron inmediatamente el campo y se dirigieron al reino de Nápoles.

Entretanto Juan de Médicis se había apoderado de Vernio para prevenir que el Señor de aquel punto, si llegaba á ponerse de acuerdo con el enemigo, le dejara pasar por él.

La condesa de Imola tenía entonces desavenencias con Astorre, Señor de Faenza, á quien no quería dar su hija, que pocos meses antes le había prometido, y favorecía á Octavio de Manfredi que, con su auxilio y los de Vicente y Dionisio de Naldo, entró en Berzighella y ganó para sí todo el Val de Lamona, procurando desde allí entrar en Faenza; pero no podía, sin el auxilio de los florentinos, y lo reclamaba con grandes instancias. Por los apuros en que estaban, no accedieron los florentinos á favorecerle, y permanecieron neutrales, sin auxiliarle ni prohibirle que intentara la fortuna de las armas, por lo cual Astorre y los que gobernaban á Faenza, temerosos de ser vencidos por Octavio de Manfredi, auxiliado por los florentinos, se echaron en brazos de Venecia. Los venecianos aceptaron inmediatamente esta empresa y,

con pretexto de pagar los sueldos de cien hombres de armas, les prometieron diez mil ducados, recibiendo en cambio Faenza un gobernador veneciano. A causa de esto, Octavio de Manfredi, que estaba en Berzighella, se retiró al territorio de Florencia, y sus partidarios á las plazas fuertes del valle. Llegado á Faenza el gobernador veneciano, fué inmediatamente á Berzighella, para estar seguro, é hizo lo posible por atraerse á los de Naldo; pero no pudo conseguirlo y quemó y arruinó sus casas, declarando rebelde su partido.

Cuando los Orsini salieron de Toscana para ir al reino de Nápoles, quedaron los sieneses sin tropas. Estaban en Florencia los desterrados de esta ciudad, y se pensó en valerse de ellos para cambiar el gobierno de Siena, á fin de que, agradecidos á este favor, quedaran aliados de Florencia y les devolvieran Montepulciano. Negociábase para ello, fuera de Siena con los desterrados, y dentro con Lucio Belanti, descontento del Gobierno, que se entendía con los florentinos por medio de Braccio Martelli. Deseaba Belanti, antes de acudir á la fuerza, ganarse la voluntad del mayor número de ciudadanos, para que la cosa fuera más fácil; pero á los florentinos pareció la dilación demasiado larga y, excitados por los desterrados sieneses, determinaron concentrar inmediatamente todas sus fuerzas y llevarlas ante los muros de Siena. Aunque Braccio Martelli estaba en las inmediaciones de la ciudad, enviaron hacia Siena á Pedro Capponi, y ordenaron á Bernardo Nasi que, con todas sus tropas, se trasladara á Staggia, y á Pedro Juan de Ricasoli que alistara en el territorio de Pisa cuantos soldados pudiera.

Al saber en Siena todo lo ordenado, la llegada de Capponi á Staggia y el movimiento de tropas, Pandolfo

y los demás que gobernaban resolvieron enviar comisionados del gobierno á Capponi para negociar con él, á fin de ganar tiempo y con la esperanza de que, si las negociaciones duraban algunos días, los florentinos se verían apurados para defenderse de la liga, sabiendo que el duque de Milán y los demás aliados iban á atacar á Florencia, como amiga de Francia (1).

Fueron, pues, á Staggia, enviados por la Balía, Pandolfo Petrucci y Nicolás Borghesi, y con ellos Lucio Belanti. Quejáronse á Capponi de que las cosas de Toscana hubieran llegado á términos que, sin paciencia y prudencia, no se podían pacificar, y ambas virtudes debían ejercitarlas los más sensatos y menos aficionados á aventuras peligrosas. Después de otros muchos argumentos, ofrecieron convenir en que, durante tres años, nada se hablaría de Montepulciano, y pasado este término serían nombrados dos árbitros, amigos de ambas partes, que determinarán una indemnización para los florentinos. Aunque la proposición pareció absurda á Capponi, no quiso interrumpir las negociaciones, para que los sieneses confiaran en ellas y no temiesen que los florentinos acudieran á la fuerza.

Despedidos los comisionados, aquella misma noche partió con sus tropas y, situándose en Fontebicci, avanzó hasta las puertas de Siena y estuvo allí algún tiempo á caballo y con el ejército en orden de batalla, para ver si los amigos de los desterrados promovían algún desorden dentro de la ciudad. Pero nadie se movió en favor de los

(1) En el original de este fragmento hay una nota de Maquiavelo, que dice: *La buena fortuna de los franceses nos ha quitado el gobierno, y la mala nos quitará la libertad.* Los acontecimientos realizaron esta predicción.

expatriados, fuera por falta de valor de Belanti (porque los hombres son más atrevidos con la imaginación que con las obras), ó porque creyera demasiado numeroso el ejército florentino, ó porque temiera que, con aquel pretexto, procurara apoderarse de Siena. El ejército se retiró á Fontebicci y, reunidos en consejo los Comisarios, los capitanes y los desterrados, para determinar lo que debía hacerse, se advirtió en los capitanes disgusto y temor, y en los desterrados desilusión de que pudieran realizarse sus brillantes promesas y positivas esperanzas ante la admirable unión que había producido en Siena el miedo á perder la libertad. Resultando, pues, la empresa difícil y dudosa, convinieron en que no debían permanecer allí, sino retirarse, siendo imposible apartar de esta opinión á los capitanes, tanto que, sin licencia de los Comisarios empezaron á enviar sus tropas hacia Staggia, volviendo á los dominios de Florencia, y regresando Capponi á esta ciudad.

Para continuar las negociaciones que se tenían con los sieneses quedaron sólo Braccio Martelli y Juan Savello, á fin de que, perdida la empresa, no se perdiera también el crédito.

Por entonces fué concedida la gabela á los de Cortona, pero no á los de Arezzo, que también la querían.

FEBRERO DE 1496.

Algunos meses antes había sido enviado Galeotto de Pazzi á la Lunigiana para negociar con los gobernadores

de Serezana y Serezanello á quienes reclamó la devolución de estas plazas, á lo cual les inducía con buenas razones y con dinero; pero aquéllos, sin negarse rotundamente á entregarlas, diferían con varios pretextos su rendición.

En medio de esta incertidumbre, los genoveses, bien fuera por acuerdo secreto con los gobernadores de las citadas plazas, ó bien por creer que, cerrando el camino á los florentinos obligarían á alguno de aquéllos á abrirles las puertas, enviaron con dos Comisarios á Serezana unos mil infantes y doscientos caballos, que se situaron entre Serezana y San Francisco. Llevaban bastante dinero para asoldar más infantería y para someter á su voluntad al gobernador. Este envió uno de los suyos á Galeotto para pedirle auxilio y manifestarle que, si no lo recibía, pronto tendría que rendirse.

Sabido esto en Florencia, envió inmediatamente el gobierno á Fivizzano á Lorenzo Morelli, con orden de asoldar tropas en el territorio de Pisa y en el de Pistoia, y de valerse de los recursos de la comarca y de los favores de los marqueses, que eran amigos. Ordenóse también que D'Antraigues escribiera á aquel gobernador induciéndole á obedecer al rey de Francia, lo cual hizo, porque los florentinos le prometieron que, si por su intervención les restituían Serezana, procurarían ellos que el Rey le perdonara su desobediencia.

Fué con Morelli un Comisario francés encargado por el Rey de hacer que le entregaran la plaza y, deseando el Comisario entrar en Serezanello, determinó Morelli que le acompañaran mil hombres de infantería, después de obtener del marqués Gabriello que le dejara libre el paso por sus tierras. Salieron de Certano y, al llegar á

las posesiones del marqués Gabriello y ser descubiertos oyeron que hacían fuego de artillería en Fosdovino. Llegados junto á esta plaza, observaron que estaban tomados el paso y algunos de los montes inmediatos, de suerte que los nuestros, por no poder seguir adelante, retrocedieron. El comandante de Serezana creyó entonces la excusa legítima y entregó la fortaleza á los genoveses, que le recompensaron con una cantidad de dinero. Esto puso término á las negociaciones, de acuerdo con el marqués Gabriello.

MARZO DE 1496.

Tomada Serezana, quedaba Serezanello, y se creía poderlo recuperar fácilmente, porque el gobernador siempre se había mostrado amigo; pero juzgábase difícil conservarlo, y, por otra parte, se veía que, perdiéndolo, arriesgábase la pérdida de toda la Lunigiana.

Durante estas vacilaciones, el gobernador hizo saber á los Comisarios que, si dentro de tres días no iban en su socorro, entregaría la plaza á los genoveses, porque la tenían sitiada y carecía de víveres.

Los florentinos determinaron enviar una noche al Comisario francés para persuadir al gobernador de que tuviera la plaza, al menos un mes, á nombre del Rey, ofreciendo pagarle la guarnición. Esperaban que, en este plazo, ocurriera algo favorable á ellos. Fué el Comisario, pero no pudo vencer la obstinación del gobernador, aunque tenía víveres para dos meses. Por esto se conoció

que *ab initio* había proyectado entregarla á los genoveses y que supo disimularlo mejor que el de Serezana. El día 4 de Marzo la entregó por seis mil ducados para él y sus compañeros.

Pareció á Lorenzo Morelli que nada tenía que hacer allí y, dejada la guardia conveniente, después de fortalecer el ánimo de los aliados, regresó.

Cuando partieron los florentinos del territorio de Siena, los sieneses, porque no tuvieran motivo para volver y para ganar tiempo hasta que Milán ó Venecia se declararan contra ellos, reanudaron las negociaciones.

Vino Juan Savello y enviaron algunos ciudadanos sieneses á Braccio; pero, no resultando nada provechoso, ni prestándose fe á los de Siena, fué llamado Braccio á Florencia.

En aquel tiempo atacó Criaco á Vada y la tomó por capitulación. Este punto era importante para cortar el camino de Liorna á Pisa.

Se ordenó, para no perder tiempo, que fuera el ejército á Buti. Bernardo de Diacceto, que era el Comisario, fué con las tropas el 10 de Marzo, y el 12 la tomó, porque los butieses, apenas vieron derribado el muro, se rindieron después del primer asalto, con condición de salvar la vida y los bienes.

Determinóse ir inmediatamente contra Vico, pero la negligencia y malas costumbres de los soldados obligaron á diferirlo. Para aumentar el ejército y atacarlo con mayor ímpetu, sacaron los florentinos infantería de Pistoia y de Prato, á fin, de que, en unión con Bernardo de Diacceto, hicieran todos los esfuerzos posibles. Llegados los jefes y los Comisarios, juzgaron que no tenían gente bastante para apoderarse de Vico, y fueron á Calci.

Puesta la artillería, y dado un asalto, la tomaron por capitulación.

Para asegurar la conducción de los víveres dejaron los Comisarios en los montes, cerca de la Verrucola, cuatrocientos soldados. Los pisanos, con propósito de socorrer á Buti ó de cortar el ejército, atacaron y vencieron este destacamento, apoderándose de un convoy que estaba á punto de pasar. Los Comisarios, que ya se habían apoderado de Calci, para recuperar el puesto de la Verrucola, enviaron dos regimientos y tras de ellos todo el ejército, después de dismantelar á Calci tanto como lo permitió el tiempo que allí estuvieron. Determinaron tomar por fuerza la Verrucola por creer que, privados los pisanos de Buti, Calci y la Verrucola, quedaría Vico á discreción de los florentinos, que podrían estrechar más á sus defensores. Por ser la Verrucola sitio áspero, acordaron los jefes quedar allí sólo con la infantería, y enviaron los hombres de armas á alojarse al Burgo de Buti.

Los florentinos colocaron un mortero frente al muro por donde pensaban dar el asalto. Los pisanos temían perder la plaza, y su general Lucio, sabiendo cuán desordenadamente se alojaban sus hombres de armas en el Burgo de Buti, determinó atacarles. Al efecto, después de hacer descansar sus tropas, salió una tarde de Vico, y á media noche, cuando dormían los hombres de armas, cayó sobre ellos, les desvalijó y les hizo prisioneros á casi todos. Los que pudieron escapar sobre los caballos sin sillas, huyeron por los montes, uniéndose á nuestra infantería.

Al saber los pisanos la victoria de Luzio, atacaron con el resto de su ejército á la infantería que, asustada por la derrota de la caballería, huyó hasta dentro de Buti,

donde hubiese estado casi sitiada si no acudieran, por orden del Comisario, Juan Pablo Baglione, Carlos del Monte y Octavio de Faenza, que estaban con sus tropas entre Pontedera y Bientina.

Aprovechando los pisanos el favor de la fortuna, mientras los nuestros estaban batidos unos, y ocupados otros en reorganizarse, saquearon una noche á Tremoleto (Mayo de 1496); y lo que infundió más terror, fué el recibir los pisanos nuevos socorros de infantería y caballería, enviados por los venecianos.

No fiando los florentinos en la fe de los comandantes franceses de las plazas fuertes, y descuidando el negocio de Pietrasanta, fué más lícito á los luqueses realizar su deseo de poseer esta plaza. Para ello, convinieron con el gobernador entregarle 25.000 ducados, y se apoderaron de ella, á despecho de florentinos y genoveses.

Entretanto, nuestro ejército, que en gran parte estaba en Bientina, provocado y atacado casi diariamente por los pisanos que había en Vico, salió un día contra ellos y, poniéndoles una celada en que cayeron, mataron [y prendieron á muchos. De nuestra parte murió Francisco Secco.

Nuestro campamento estaba entonces en Cecina, y los pisanos vengaron pronto esta derrota porque, á los pocos días, puestos de acuerdo con algunos de Ponte de Sacco para repartirse el botín, asaltaron de improviso esta plaza y desvalijaron dentro de ella cincuenta caballos y trescientos infantes, saqueando además toda la comarca; pero, desconfiados de poder conservarla en su poder, se retiraron con el botín á Pisa.

El ejército florentino se trasladó de Cecina al lado de acá de Bientina, por bajo de Montechio.

JUNIO DE 1496.

Vino como embajador de Francia monseñor de Aix.

En el mes de Mayo hubo una tentativa de desorden, capitaneada por Juan Benizi, que quiso organizar á su gusto la Señoría; pero los conspiradores fueron encerrados en la cárcel como locos.

Pidieron licencia Bernardo de Diacceto y Pedro Popoleschi, y se les concedió, reemplazándoles en el campamento Pedro Juan de Ricasoli. Entretanto los pisanos aumentaron sus fuerzas con nuevas tropas enviadas por los venecianos, á las órdenes de un nuevo proveedor. Estas tropas eran seiscientos *estradiotas* (1) y, por su llegada, juzgaron los nuestros que era peligroso continuar en Calci. Para que el enemigo no se aprovechara de esta plaza, destruyeron sus fortificaciones. Levantando el campamento de Montechio, se retiró el ejército detrás de Pontedera, á posición que le pareció mucho más fuerte y á propósito para aguardar refuerzos.

Estaba la plaza de Buti bloqueada, y quisieron los florentinos proveerla de viveres; pero apenas salió el convoy de Bientina, acometieron los pisanos á la escolta de tal modo, que tuvo necesidad de regresar al punto de partida.

Los pisanos, por su parte, teniendo numerosas fuer-

(1) Los estradiotas eran tropas ligeras, reclutadas en la Albania y en Grecia para el servicio de Venecia.

zas y pocos puertos que guarnecer, podían ofendernos, y empezaron á recorrer los dominios de Florencia, penetrando primero por Val de Nievole. Temió el Comisario por Pescia, y acudió con cien caballos, llegando á tiempo de impedir el incendio del Borgo en Buggiano. El enemigo volvió apresuradamente á Pisa y, para impedir á los nuestros concentrarse, y en vista de que estaba defendido Val de Nievole, salieron los pisanos por las colinas, y atacaron vigorosamente á Lari, que rechazó el ataque. Al regresar, intentaron, con igual infeliz éxito, apoderarse de Santo Regolo. Imposible fué evitar estas correrías de los pisanos, y la República tuvo que rescatar las presas que en ellas hicieron.

JULIO DE 1496.

Los pisanos se apoderaron de la Vaiana.

Nuestro ejército, además de tener que guardar muchas poblaciones y de ser inferior en número al enemigo, era presa de no pocas discordias. El Conde, maese Hércules, los jefes todos y el partido de cada cual de ellos eran tan opuestos unos á otros, que lo poco bueno que pudiera hacerse impedíanlo estas rivalidades. Á causa de ellas, y por el temor de la guarnición de Buti, que no había sido socorrida, juzgaron oportuno los pisanos intentar la reconquista de esta plaza y, apenas se presentaron ante ella, los de dentro capitularon. Tomada Buti, volvieron á Cecina.

Movióse el ejército florentino para socorrer á Buti;

pero no llegó á tiempo, sirviendo su marcha tan sólo para mantener en alarma á los pisanos é impedirles realizar su deseo de ir á Bientina.

Por entonces murió en el reino de Nápoles Camilo Vitelli.

Los venecianos, para infamar á los florentinos y privarles de la compasión que ya inspiraban, hicieron correr fama de que trabajábamos para que el turco emprendiera guerra contra ellos y contra la cristiandad.

AGOSTO DE 1496.

No había entonces tranquilidad en la Lunigiana, porque los marqueses de aquella comarca molestaban de continuo nuestro territorio. Por ello Borgo Rinaldi, noticioso de que querían saquear un castillo nuestro, organizó sus tropas y, puestas parte de ellas en una celada, se situó con la otra sobre un cerro que dominaba el terreno por donde venía el enemigo. Éste vió al amanecer á los nuestros y, por ser pocos, les desdeñó, juzgando segura la toma del castillo y nuestra derrota. Dividió, pues, su gente en dos cuerpos: situó uno en el punto por donde podía salir la guarnición del castillo, y envió el otro al cerro para atacar á los nuestros. Estos, al acercarse los contrarios, volvieron las espaldas, huyendo en el mayor desorden, para que el enemigo tuviera mayor deseo de perseguirles. Así le llevaron á la celada. Saliendo entonces los que estaban escondidos y volviendo los que huían, el combate cambió de aspecto. Acometidos por todos la-